

Domingo 34* durante el año
Jesucristo, Rey del universo (solemnidad)

22 de noviembre de 2020
Mario Yamanouchi Michiaki
Obispo de la diócesis de Saitama

Hoy, en el último domingo del año litúrgico celebramos la fiesta de Cristo Rey. Por eso, antes de meditar sobre el evangelio de hoy, sobre “el juicio final” o “el juicio de las naciones”, vamos a recordar un poco el origen de esta fiesta.

El origen de esta fiesta y su contexto original.

La solemnidad de Jesucristo, Rey del Universo, es una celebración litúrgica de la Iglesia católica que, tiene lugar el último domingo del año litúrgico del rito romano. Por lo tanto, su fecha varía oscilando entre los días 20 y 26 de noviembre.

La celebración fue originalmente establecida como **fiesta de Cristo Rey** por el papa Pío XI el día 11 de diciembre de 1925 a través de su encíclica Quas Primas, al conmemorar un año Jubilar, el XVI centenario del I Concilio Ecuménico de Nicea (325, actual Turquía) estableciendo para su celebración el último domingo de octubre, es decir el inmediatamente anterior al día de Todos los Santos (1 de noviembre). Pero, después del Concilio Vaticano II y la reforma litúrgica de Pablo VI en 1969, la fiesta cambia de significado y de nombre, *llamándose Solemnidad de Jesucristo, Rey del Universo*, y pasando a celebrarse al último domingo del Año litúrgico del rito romano.

Veamos cómo y con qué actitudes debemos construir el reino o la sociedad que Jesús quiere que construyamos. Siguiendo fundamentalmente el evangelio de hoy podremos lograr la realización del reino de Dios en este mundo.

El relato del juicio de las naciones (Mateo 25,31-46)

El relato es una evocación del juicio final de todos los pueblos, pero también de cada una de las personas al final de sus vidas. Es decir, la intención de este discurso no es describir los acontecimientos finales, sino que trata de inculcar la preparación necesaria para superar con éxito la prueba final de la vida. Los que son recibidos en el reino son los que tuvieron amor misericordioso con el prójimo.

Toda la escena se concentra en un diálogo largo entre el juez, que no es otro que Jesús resucitado, y dos grupos de personas: los que han aliviado el sufrimiento de los más necesitados y los que han vivido negando su ayuda.

A lo largo de los siglos, los cristianos han visto en este diálogo fascinante **“la mejor recapitulación del Evangelio”**, el elogio absoluto del amor solidario o la advertencia más grave a quienes viven refugiados falsamente en la religión, ignorando el sufrimiento del prójimo.

Vamos a subrayar algunas las afirmaciones básicas.

Todos los hombres y mujeres, sin excepción, serán juzgados por el mismo criterio. Lo que da un valor imperecedero a la vida no es la condición social, el talento personal o el éxito logrado a lo largo de los años. Lo decisivo es el amor práctico y solidario a los necesitados de ayuda.

Traducir en gestos concretos de ayuda al necesitado

Este amor se traduce en hechos muy concretos. Las seis maneras de manifestar el amor al prójimo se encuentran en el Antiguo Testamento, por ejemplo, en Isaías 58,7 y Job 22,6s que Mateo lo enumera concretamente: dar de comer, dar de beber, acoger al inmigrante, vestir al desnudo, visitar al enfermo y al encarcelado.

Lo decisivo ante Dios más que las acciones religiosas, sino estos gestos humanos de ayuda a los necesitados. Pueden brotar de una persona creyente o también del corazón de un agnóstico, que piensan en los que sufren y les ayuda.

Según el evangelio de Mateo 25, el grupo de los que han ayudado a los necesitados que han ido encontrando en su camino no lo ha hecho por motivos religiosos. No ha pensado en Dios ni en Jesucristo. Sencillamente ha buscado aliviar un poco el sufrimiento que hay en el mundo.

Una fuerte llamada a cristianos y no cristianos

La escena del relato nos hace comprender que muchos, sin conocer la persona de Jesús, se ajustan a los valores del reino en la entrega y el amor al prójimo y eso decide su destino. El juez universal está como de incógnito en todos los pobres de la tierra, oculto en todos los rostros doloridos, pero esa presencia oculta se pondrá de manifiesto en el momento final.

Por otra parte, esta enseñanza de Jesús se dirige a los cristianos que han descuidado su compromiso práctico, para despertarles de su letargo y recordarles que el destino de cada uno se decide en la actitud que tengan ante los necesitados de este mundo.

Sólo quienes hayan realizado este precepto evangélico, sean cristianos o no, serán invitados por Jesús, a entrar en el reino de Dios como benditos del Padre.

Aprender a mirar con compasión al que sufre

¿Por qué es tan decisivo ayudar a los necesitados y tan condenable negarles la ayuda? Porque, según revela el juez, lo que se hace o se deja hacer a ellos se le está haciendo o dejando de hacer al mismo Dios encarnado en Cristo.

Cuando abandonamos a un necesitado estamos abandonando a Dios. Cuando aliviemos su sufrimiento lo estamos haciendo con Dios. Este sorprendente mensaje nos pone a todos mirando a los que sufren.

No hay religión verdadera, no hay política progresista, no hay proclamación responsable de los derechos humanos si no es defendiendo a los más necesitados, aliviando su sufrimiento y restaurando su dignidad.

En cada persona que sufre, Jesús sale a nuestro encuentro, nos mira, nos interroga y nos interpela. Nada nos acerca más a él que aprender a mirar detenidamente con compasión el rostro de los que sufren. En ningún lugar podemos reconocer con más verdad el rostro de Jesús.

Oración

-Por la Iglesia de Jesús, para que siga siempre los pasos de aquél no vino a ser servido sino a servir, roguemos al Señor...

- Por todos los que ejercen poder y autoridad en este mundo, para que, como quería Jesús, acepten el poder como la herramienta que permite un servicio más universal y más eficaz, roguemos al Señor...

- Para que Jesús, el que "pasó haciendo el bien" y "se humilló pasando por uno de tantos" sea nuestro modelo, nuestro guía y -en ese sentido, sí- nuestro rey y nuestra fuerza en la "militancia" por el Reino de Dios, roguemos al Señor...

Oración final

- Dios, Padre nuestro, que quieres que en nuestra vida nos veamos libres de toda esclavitud y que luchemos para liberar a los oprimidos, haciendo así presente tu Reino entre nosotros: Te pedimos que guíes nuestros pasos para que construyamos un mundo en el que todos vivamos como hermanos, como auténticos hijos tuyos, en paz, en justicia y en libertad. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.